

Jean Carpentier
y François Lebrun (dirs.)

Breve historia de Europa

En colaboración con
J.-P. Arrignon, J.-J. Becker,
D. Borne, É. Carpentier,
J.-P. Pautreau y A. Tranoy



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Histoire de l'Europe*
Traducción de Mauro Armiño
Adaptación de los textos y de la bibliografía: Juan Pro

Primera edición: 1994
Tercera edición: 2014
Segunda reimpresión: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions du Seuil, 1990 et 1992
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1994, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-9329-3
Depósito legal: M. 22.293-2014
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Prólogo

Esta *Breve historia de Europa*, que aparece tres años después de la *Historia de Francia* realizada bajo la misma dirección y con un equipo semejante en parte, se sitúa en la misma óptica y se propone los mismos objetivos: ofrecer no sólo a los enseñantes de historia, sino a todas las «honradas gentes» preocupadas por la cultura general, un relato simple y claro de la historia de Europa, desde los orígenes a nuestros días. Concebido y comenzado en 1987, este libro no debe nada, por tanto, a los acontecimientos que han visto, en Europa del este, el desmoronamiento de los regímenes comunistas y, en Europa occidental, la aceleración hacia la unidad política. Aunque preocupados por «apegarnos», en sus últimas páginas, a una actualidad europea en pleno movimiento, este libro traza una serie de miradas hacia el pasado a fin de facilitar su comprensión. Tanto mejor si, por añadidura, ayuda a esclarecer el presente más inmediato.

Al igual que nuestra *Historia de Francia* no pretendía ser en absoluto una historia de la formación de la unidad francesa concebida como una entidad predeterminada, esta *Breve historia de Europa* es, sencillamente y sin presuposiciones, la historia de un espacio geográfico definido bastante pronto entre el Atlántico y los Urales, en cuyo interior se han desarrollado, desde los orígenes de la humanidad, múltiples

acontecimientos que han forjado poco a poco cierta identidad europea. La herencia grecorromana, el cristianismo, la aportación de los pueblos llamados «bárbaros», la expansión al otro lado de los mares a partir del siglo XV, la lenta instalación de Estados soberanos, el fracaso de las tentativas hegemónicas de uno de esos Estados –de Carlos V a Luis XIV, de Napoleón a Hitler–, la emergencia de una unidad europea realizada no por la fuerza, sino por consentimiento mutuo, son algunos de los puntos fuertes de esa historia.

Contar semejante historia en unas ochocientas páginas suponía un reto en la medida en que, lejos de limitarse solamente a la historia política, los autores han querido otorgar el puesto que merece a la civilización europea en sus diversos aspectos. Por ello, ha sido preciso atenerse a lo esencial y hacer sacrificios que ciertos lectores tal vez lamenten. El relato se ha dividido en capítulos numerosos y relativamente breves, reagrupados en cinco grandes partes y distribuidos a su vez en varias secciones, para facilitar su lectura. Cada uno de estos capítulos se remata con uno o varios textos o documentos brevemente presentados. Al final del volumen, un glosario define las palabras marcadas con un asterisco; una cronología y una serie de mapas proporcionan los puntos de referencia indispensables en el tiempo y en el espacio; la presentación de algunas dinastías europeas pone de relieve la red de relaciones entre las potencias del continente en diferentes épocas; una serie de estadísticas, limitadas en su mayoría a los siglos XIX y XX, trata de situar la presencia europea en el conjunto mundial; y una bibliografía da las pistas que permiten ir más lejos. Finalmente, dos índices de nombres propios y un índice detallado de materias tienen por objeto facilitar el manejo del libro.

Éste cumplirá el objetivo que le han asignado sus autores si proporciona a los lectores un manual cómodo que les permita aprehender mejor el pasado de nuestro Viejo Continente.

Introducción: Europa, la palabra y el espacio

«En cuanto a Europa, no parece que se sepa ni de dónde ha sacado su nombre ni quién se lo ha dado.» Cinco siglos antes de Cristo, Heródoto confiesa una incertidumbre que todavía dura. No sabemos más que entonces de dónde viene la palabra, ni lo que representó en el espíritu de quienes la empleaban, ni los límites espaciales en los que la inscribían... Y, sin embargo, Europa existe.

Europa, la palabra, la historia y la leyenda

Había una vez en Tiro una princesa que se llamaba Europa. Una noche, mientras estaba en su cama en el palacio del rey Agenor, su padre, tuvo un sueño: dos tierras, que tenían el aspecto de dos mujeres, se peleaban por ella, la «tierra de Asia» y la «tierra de enfrente». La primera quería protegerla y guardarla, la segunda quería, por voluntad de Zeus, llevársela sobre las olas. La princesa despertó intrigada, luego prosiguió sus actividades y sus juegos. Con otras princesas amigas suyas se fue a coger flores a la orilla del mar. Y fue entonces cuando un toro, magnífico y manso, apareció y la convenció para que montase sobre su lomo, cosa que

la princesa se decidió a hacer no sin vacilación. Entonces el toro se elevó, huyó hacia el mar y, mientras franqueaba las olas, le reveló que era Zeus y que, muy enamorado de ella, había tomado esa forma animal para raptarla. De este modo Europa llegó a Creta, se unió al toro y se convirtió en «madre de nobles hijos». Pero, mientras tanto, Agenor, que se inquietaba por la ausencia de su hija, envió a sus hijos a buscarla. Uno de ellos, Cadmo, fue a pedir consejo a la Pitia de Delfos, y, siguiendo su opinión, abandonó la búsqueda pero persiguió a una vaca que había de indicarle, en el lugar en que cayera de agotamiento, el sitio donde debía construir una ciudad: esa ciudad fue la ciudad de Tebas, con su fortaleza, la Cadmea.

Ése es, brevemente resumido, el principal manojito de leyendas griegas reagrupadas en torno a la palabra «Europa». Muestran a la vez la construcción de un espacio que se individualiza en relación a Asia y la ambición de éste de construirse un mundo nuevo. Podríamos detenernos ahí y quedarnos sólo con el nombre de Hesíodo, primer autor que cita el nombre de Europa, o el de Mosco, autor alejandrino del amable idilio que acabamos de recordar en parte. Pero la posteridad de la leyenda es demasiado grande para no tenerla en cuenta. Roma la difundió por todo el Occidente. En sus *Metamorfosis*, Ovidio la repite. Las escenas del rapto de Europa o de la travesía del mar decoran los muros de Pompeya (¡diecisiete ejemplares encontrados!) y los de las casas de Italia, la Galia, Britania y Germania. La Edad Media y los tiempos modernos han continuado esa tradición, sobre todo mediante la imagen. Hay manuscritos medievales de Ovidio ilustrados con las aventuras de Europa. El Perugino, Veronese, Jordaens, y más aún Boucher, ya en la Europa de las Luces, acuden a ellas para inspirarse.

Esa permanencia prueba evidentemente la continuidad de un gusto por la Antigüedad. Pero también ayuda a dar cuerpo a la entidad europea. Boccaccio y Cristina de Pisan observan que la princesa Europa ha dado su nombre a nues-

tro continente y, a finales del siglo XVI, Caesare Ripa dice claramente que Europa es hija de Agenor, pero que también representa al continente bajo la forma de una maravillosa dama.

De este modo, Europa sería princesa y continente. Pero también existen otras tradiciones que hacen de Europa una de las Océánidas, hijas de Océano y de Tetis, o aquella que afirma que se unió a Poseidón y trajo al mundo a Eufemo, uno de los Argonautas, compañeros de Jasón cuando éste buscaba el Vello de oro. Incertidumbre, por consiguiente, que no resuelve la etimología, dado que no es seguro el origen indoeuropeo que se da a la palabra; para algunos se trata de un término egeo prehelénico, que opone un *hirib*, Europa, que significa «Poniente», a *açou*, Asia, que significa «Oriente».

Hay además otro linaje, cristiano y más tardío, que parte de la misma preocupación por distinguir el continente europeo, pero que pone en cuestión el nombre mismo de Europa. En efecto, en el siglo IV, San Jerónimo y San Ambrosio vuelven sobre los capítulos 9 y 10 del Génesis, sobre la historia de Noé, y adscriben a cada uno de sus hijos un territorio: Cam, el hijo irrespetuoso, recibió África; Sem, Asia; y Jafet, Europa. Una confusión entre Jafet, hijo de Noé, y Japeto, uno de los Titanes, padre de Prometeo, permitirá enlazar con el pasado grecorromano y autorizará a Guillaume Postel a decir, en el siglo XVI, que Europa habría debido llamarse Jafetia, y a Bossuet a decir, un siglo más tarde, que «Jafet pobló la mayor parte del Occidente [y] ha seguido siendo célebre bajo el nombre famoso de Japeto».

Subsiste todavía la interrogación de Herodoto. Pero los mitos así relacionados son portadores de enseñanza porque ayudan a comprender cómo han ido determinándose poco a poco los límites de Europa. En primer lugar, en los tiempos griegos, fue el Mediterráneo oriental el que se convirtió en lugar de confrontación de las tres tierras que separan el istmo de Suez y el Bósforo, y es ahí donde nace la preocupa-

ción por distinguir Libia o África, Asia y Europa. En estos lugares, las topografías son conocidas y los límites visibles. Pero en otras partes no hay nada y se necesitarán siglos para comprender que África tiene sus límites propios, Asia los suyos, y que Europa los tiene, pero mucho menos de lo que se cree. En tiempos de los romanos, Estrabón y Plinio el Viejo describen la franja mediterránea y, en su extremo, las columnas de Hércules, las orillas atlánticas de la Península Ibérica, de la Galia y del sur de las Islas Británicas. Pero en el interior de las tierras, en el norte, más allá del Rin, de los Alpes y del Ister (Danubio), allí donde habitan los germanos, los getas o esos sármatas asentados a lo largo del Tanaís (Don), todo es incierto. Ptolomeo, a mediados del siglo II d.C., sigue creyendo que Escandinavia es una isla en el océano Sarmático. Así ocurre durante siglos, como demuestra esa alegoría del siglo XVI que imagina a Europa bajo los rasgos de una Virgen coronada, con España por cabeza, Francia por corazón, e Italia e Inglaterra por brazos, mientras el horizonte borroso de las llanuras rusas le sirve de vasta capa de pliegues inciertos. Cuando, todavía en el siglo XVIII, Montesquieu manda dibujar un mapa de Europa, lo hace terminar en el Volga, y Voltaire, por su lado, propone que se defina un «continente ártico» que iría del Báltico a China. Pero, durante ese tiempo, el cosaco Yermak había iniciado hacía mucho la conquista de Siberia franqueando los Urales. Progresivamente se admitirá otorgar a esa línea de relieve la función de límite, que autentifica hoy, en el kilómetro 1.777 del Transiberiano, el obelisco que marca con dos inscripciones flechadas, hacia el este, la dirección de Asia, hacia el oeste, la de Europa.

Resulta superfluo, por último, decir que la idea de un poder político que asegure la gestión de un espacio político concebido de forma tan confusa, sólo podía nacer tardíamente y gracias a visionarios y soñadores en una primera etapa. A mediados del siglo XVII, Sully, retirado de los asuntos públicos, imaginaba en sus *Sages et Royales Économies*

un Consejo de Europa que dominase once monarquías y cuatro repúblicas, pero excluía de ellas a Rusia. Saint-Simon, en 1814, quería «reorganizar la sociedad europea» y Victor Hugo, en 1851, hablaba de los Estados Unidos de Europa. Pero no ha sido hasta nuestro siglo cuando el príncipe Coudenhove-Kalergi ha podido intentar una acción que quería concreta para realizar su «Paneuropa»; y sólo en estas últimas décadas las instituciones han asumido el calificativo de «europeo» para realidades que, por otra parte, sólo lo eran de forma incompleta.

Europa y su espacio

Sea lo que fuere de la confusión de las palabras y de las representaciones y realidades que éstas amparaban durante el transcurso de los siglos, ahora hay una Europa. Existe y se ha llegado a un consenso que permite decir lo que es y cuáles son sus principales caracteres.

Ante todo, hay que definir ese espacio europeo. Porción del bloque asiático, comprendido entre el Atlántico y los Urales, el océano Glacial Ártico y el Mediterráneo, el detalle de sus límites plantea pocos problemas. Por el este, es la línea de crestas de los Urales y el eje que, en prolongación de éstos, llega al mar Caspio. Por el sur, es el Cáucaso –pero ¿hay que adjudicar a Europa o a Asia ese monte Elbruz, cuyos 5.633 metros de altura destronan los 4.807 metros del Mont Blanc?–, el mar Negro y el Mediterráneo con todas sus islas. Por el oeste, es el océano Atlántico, con varias islas, con Islandia pero no con Groenlandia, con las Islas Británicas y, a 1.000 y 1.400 kilómetros del continente, Madeira y las Azores. Por el norte, finalmente, la parte del océano Glacial Ártico que ocupan el archipiélago de Svalbard, junto con Spitzberg, el mar de Barents, la isla de Nueva Zembla y el reborde occidental del mar de Kara.

Un continente pequeño, abierto, bien situado

Ese conjunto tiene, por su tamaño, por su forma y por su posición en el globo, caracteres específicos. En primer lugar, es pequeño. Con sus 10 millones de km², Europa sólo ocupa el 7% de las tierras emergidas mientras que Asia ocupa el 30%, América el 28% y África el 20%; 4.000 kilómetros separan el cabo Norte de Creta, 4.300 ese mismo cabo Norte del extremo suroeste de Portugal y 5.000 Lisboa de los Urales. Ahora bien, en los otros continentes, las distancias máximas son del orden del doble: 9.000 kilómetros de Ankara a Tokio, 8.000 de Argel a El Cabo, 8.500 de Nueva York a Buenos Aires.

Además, es un continente abierto y ampliamente penetrado por los mares. Más que rodeada por las aguas, la península europea está penetrada por ellas. Entre las tres avanzadas de tierras que han sido comparadas respectivamente con un adoquín, con una bota y con un guante, en medio de las islas, grandes y poco numerosas en el oeste, innumerables y pequeñas en el este, el Mediterráneo hace pasar las ramificaciones tirrena, adriática y egea y, por el mar de Mármara, se une al mar Negro y al mar de Azov, que a su vez se comunicaban hace varios millares de años con el mar Caspio y el mar de Aral. Por el oeste, el océano Atlántico avanza entre la cordillera Cantábrica y la Bretaña hasta el final del golfo de Gascuña, pero, sobre todo, insinuándose en las islas y penínsulas; el Canal de La Mancha, el mar del Norte y el Báltico con sus dos apéndices, los golfos de Botnia y de Finlandia, penetran hasta el corazón del continente. Por último, por el norte, y de la misma forma, el mar de Barents se adentra por suelo ruso a través del apéndice del mar Blanco. Penetración por los mares por tanto, pero también por los fiordos y los estuarios: en Noruega, el fiordo de Sogne se adentra 150 kilómetros en tierra, en las Islas Británicas las escotaduras costeras del este y del oeste reducen las tierras a veces a simples istmos y, en

Francia, la Gironda penetra las tierras aquitanas hasta una profundidad de 75 kilómetros. Esa cuasi omnipresencia marítima puede expresarse además en otros términos: ningún punto de Europa está a más de 700 kilómetros del mar, excluida Rusia, o a más de 1.600, si la incluimos, mientras que en Asia esa distancia se eleva a 2.500 kilómetros. Puede expresarse por último por los 400 kilómetros que separan el Atlántico del Mediterráneo respecto a los Pirineos, o bien el mar Blanco del golfo de Finlandia al sur de la península de Kola; por los 900 kilómetros que separan el sur de Dinamarca del sur del Adriático; y por los 1.150 que separan –o acercan– el Báltico y el mar Negro.

En relación con el conjunto del globo, por último, el continente europeo tiene una posición doblemente característica. Situado entre los 35° y los 71° de latitud norte, y al oeste del bloque eurasiático, evita completamente las zonas tropicales, avanza muy poco en las zonas polares –del 6 al 7% de su superficie–, y puede abrirse a las influencias suavizantes de los grandes vientos del oeste.

Situado en el corazón del «hemisferio de las tierras» –tomando la región nantesa por polo oponemos de la forma más exacta posible el hemisferio que reagrupa el máximo de tierras emergidas y un «hemisferio de los mares», donde sólo subsisten la Antártida, Australia, Indonesia y la parte afilada de América del Sur–, se beneficia, al menos teóricamente, de una particular capacidad de relación con las demás tierras del globo. Y son esas interacciones las que ya subrayaba, en 1873, Vidal de La Blache cuando, inaugurando su enseñanza en la facultad de letras de Nancy, daba a su clase de apertura consagrada a Europa este título revelador: «La península europea, el Océano y el Mediterráneo».

*Un continente diverso, contrastado,
raramente hostil a la implantación humana*

Desde un satélite, o desde un observatorio imaginario situado encima de los Urales, es desde donde mejor podrían verse dibujados los grandes conjuntos que forman el continente europeo. En primer plano, la gran llanura triangular que prolonga, más allá del burlete de los Urales, la de Siberia occidental, con varios miles de kilómetros de anchura en Rusia, de 600 en Polonia, de 200 en Alemania, y cuya punta acaba en el Flandes francés. A lo lejos, por el noroeste, la limita un borde montañoso que va de las Islas Británicas al cabo Norte. En toda la parte sur, la enorme barrera alpina, flanqueada por macizos antiguos que ella misma ha levantado y por llanuras que ella ha hundido, y que se extiende desde la cordillera Cantábrica a los Alpes, los Cárpatos y el Cáucaso.

Una larga historia geológica y climática explica esa división, y podemos evocarla en dos fases de longitud muy desigual. La una abarca los períodos anteprimario, primario, secundario y terciario, y ve formarse los grandes conjuntos europeos. La otra, mucho más breve, dibuja la vida del hombre en la época cuaternaria. En el punto de partida, por tanto, están los escudos anteprimarios de la llanura rusa y del espacio que en la actualidad ocupa el mar Báltico. Están rodeados de fosas de sedimentos que se levantan en la era primaria en dos pliegues; uno, el caledoniano, abarca las actuales Inglaterra, Escocia, Noruega; y el otro, el herciniano, se extiende desde el conjunto España-Francia-sur de Irlanda hasta Bohemia. Durante la era secundaria, esos plegamientos van a erosionarse mientras el sur del océano –el mar de Tetis– que separa África de Eurasia se colma de sedimentos. Y, en la era terciaria, es esa parte la que pone en movimiento el desplazamiento hacia el norte de la enorme placa africana. Ésta tropieza con la placa euroasiática, forzando a los sedimentos a plegarse, y construye la inmensa cadena que va

del Atlas marroquí al Himalaya, englobando las cuencas hundidas del Mediterráneo, incluyendo brazos de mar que se llenarán de aluviones (llanura panonia, llanura del Po), e incorporando porciones de zócalos y de rocas antiguas que unas veces se rompen, se hunden o se alzan, otras resisten y sirven de contrafuertes a cuyo alrededor se moldean los plegamientos (Meseta española).

La otra historia es más breve. Mejor conocida, vivida en parte al menos por el hombre, es la de las grandes glaciaciones e interglaciaciones de la era cuaternaria, que se extiende a lo largo de los cuatro últimos millones de años. La caracteriza la inestabilidad climática con la diversidad de faunas y floras que de ella se desprende. En cuatro ocasiones, en el último millón de años, se han sucedido grandes enfriamientos y grandes recalentamientos. Los glaciares polares han descendido hasta Londres, Alemania central y el curso medio del Don; desde los Alpes, los glaciares han alcanzado la región de Lyon y el valle del Danubio, mientras que la retención del agua por los hielos hacía bajar el nivel de los mares. A la inversa, sobre el suelo europeo han reinado los climas cálidos y ha brotado el bosque tropical; el límite norte del bosque ha subido hasta el mar de Barents, 500 kilómetros al norte del actual límite. Se ha podido calcular que hace sólo 20.000 años, antes de la última fase glacial, el Báltico, el mar Blanco y el mar de Barents por un lado, el Caspio y el mar Negro por otro, se comunicaban entre sí, mientras Escandinavia se beneficiaba de temperaturas invernales superiores en 10° a las actuales. Pero vino la última fase glacial (llamada «Wurm» en el oeste y «Valdai» en el este) y los hielos flotaron en el Atlántico a la altura de Gibraltar, mientras el invierno escandinavo sufría temperaturas inferiores en 15° a las de hoy. Y el interglacial que conocemos, y que empezó siendo mucho más cálido y húmedo que en nuestros días, sólo durará un tiempo, que tal vez el hombre –y éste es un hecho novedoso– se encargará de alargar o de abreviar.

Estos cambios de climas, estos movimientos de glaciares, han terminado por dibujar el detalle de la fisionomía de Europa. Los glaciares han ahondado los fiordos, pero su deshielo ha permitido ese levantamiento de las rocas caledonianas antiguas que crea la ilusión de los «Alpes noruegos»; han dejado sobre un suelo acanalado por la erosión la infinidad de lagos de Finlandia y de Rusia; han depositado «restos de agrietamiento», a menudo infértiles, sobre la Europa central, pero también, cuando el viento permitía la acumulación de granos más finos, los ricos suelos que se encuentran desde las llanuras de Ucrania a las *lowlands* de Inglaterra. Han desgastado los macizos y ampliado los valles que, como el Inn en el corazón de los Alpes, vuelven accesibles las cadenas de montañas.

Diversidad de paisajes por tanto, y también diversidad de climas o más bien inestabilidad. Su latitud sitúa la parte esencial de Europa en contacto con las masas de aire polar frío y tropical caliente, y hace de ella el lugar de su enfrentamiento. En la parte occidental, las influencias doblemente suaves –por los vientos y por las corrientes marinas– del océano prolongado por los mares interiores se añaden e incrementan la inestabilidad. Pero, casi con la única excepción de los territorios situados aproximadamente al norte del paralelo 65° de latitud norte, estos movimientos introducen en todas partes un clima templado soportable por el hombre. Los rigores no faltan, desde luego; el calor seco del estío mediterráneo golpea al ciclo vegetativo, la incertidumbre de las precipitaciones oceánicas hace temer constantemente el exceso o la insuficiencia de agua para las cosechas en las regiones occidentales, y el frío del enorme anticiclón siberiano aprisiona al país, durante el invierno ruso, bajo el hielo y la nieve, mientras el calentamiento primaveral lo aprisiona de nuevo bajo el barro y las aguas de deshielo. Pero en ninguna parte, dejando a un lado las zonas polares y de alta montaña, existen dominios tan inhóspitos como el Sáhara, el Himalaya o la Amazonia, en África, Asia o América.

Todos estos elementos concurren pues a abrir el continente a las comunicaciones. Aunque no son fáciles, no es menos cierto que siempre son posibles. Por un lado, están los accesos periféricos. Accesos periféricos por los mares, los estuarios y los grandes ríos, de los que poco a poco se dispondrán mediante redes de canales, pero acceso terrestre también por el importante umbral de Turgai, entre el Ural y el Caspio, que tomarán todos los invasores procedentes de Asia que se adentren en la masa europea, receptáculo necesario de todos los movimientos de población del este hacia el oeste.

Pero también son posibles los enlaces internos, incluso aunque convenga matizarlos. Ciertamente que los espacios llanos del norte plantean pocos problemas, lo mismo que los relieves periféricos del conjunto alpino. En el transcurso de los siglos y en grados diversos, los grandes ríos que los recorren –Sena, Rin, Elba, Volga o Danubio, por citar sólo éstos– han sido vías de comunicación y de civilización. Ciertamente también que las montañas no son en modo alguno infranqueables: vascos y catalanes, en cada extremo de los Pirineos, están ahí para decir que la montaña une más que separa; Bolzano y Mittenwald en relación al Brennero, Gemona y Villach en relación al Tarvisio, están ahí para decir que las ciudades alpinas han podido prosperar gracias al tráfico de mercancías a uno y otro lado de la montaña. Pero también conviene hablar de la función de refugio, de protección y de aislamiento que cumplieron las montañas balcánicas a lo largo de los siglos, y también –prueba *a contrario* de las dificultades encontradas antes– la mejora que aportaron el acondicionamiento de los puertos de montaña y la excavación de túneles. Por tanto, tal vez todo puede ser franqueable, pero con el trabajo del hombre.

Y por ahí hemos llegado al paso que no hay que dar. No se puede negar que Europa está en el corazón de tierras emergidas, bajo un clima templado, que posee suelos fértiles y que ocupa un territorio fácilmente penetrable donde es

posible la circulación. ¿Hemos de deducir de esto alguna predisposición de este continente para desempeñar un papel particular en la historia del mundo? Siempre puede uno convencerse de ello. Obnubilados por la aventura de Alejandro o los tiempos de la expansión colonial, deberíamos explicar entonces las fases de regresión, cuando los árabes, los mongoles, los turcos o los americanos acampaban en el corazón del continente. También habría que explicar por qué los egipcios y los mayas han desarrollado su civilización en regiones no templadas y probar que el tiempo es clemente en el Chan-si y en el Chen-si, cunas de la civilización china, cuando no lo es. Habría que decir que el Rin y el Sena han sido ejes importantes de la vida europea, además de explicar por qué el Volga no lo ha sido y, mirando hacia otro continente, ver si los americanos en su marcha hacia el oeste tuvieron en cuenta la red aparentemente tan favorable de un conjunto Missouri-Mississippi, que está orientado nortesur. Egipto era un don del Nilo, decían. Sin duda, pero un don del Nilo y de los egipcios. Traslademos la frase... Europa es simplemente lo que de ella han hecho los europeos.

Primera parte
Emergencia de Europa

1. La Europa prehistórica: de los predadores a los campesinos

Entre el homo erectus, que tiene unos dos millones de años, y el productor, ganadero y cultivador, que vive hacia el 4000 a.C., se produjo una evolución que ha estado marcada por el dominio del fuego hacia -350000, la sustitución progresiva del hombre de Neanderthal por el homo sapiens, sapiens que puebla Europa hacia -35000 y la eclosión del arte en el Paleolítico superior. Sobre espacios que van de los Balcanes, lugar donde se encuentra la huella más antigua de economía de producción, hasta las costas atlánticas, se pone en práctica una colonización del suelo europeo y, con ella, una relativa homogeneización de los géneros de vida.

El pasado de Europa, durante centenas de miles de años, sólo nos es conocido por huellas tenues que han resistido al desgaste de los tiempos. Para los períodos más remotos, algunos útiles de piedra y hueso, escasas huellas de hábitat y restos de comidas, a veces obras de arte y excepcionalmente restos humanos, permiten captar esa lenta evolución. Descubrimos el dominio de grupos de cazadores-recolectores en las tierras libres de hielos, los progresos de sus técnicas, las modificaciones de su espiritualidad, luego el paso, hacia el 8000 a.C., a una economía de producción. Para las épocas protohistóricas, documentos más abundantes, a veces textos, constituyen testimonios privilegiados que aclaran aspectos hasta entonces mal percibidos de la vida de los primeros europeos –desarrollo de nuevas clases sociales (artesanos, guerreros), organización política del territorio, inicio de la urbanización...– y permiten un enfoque ya casi histórico de los acontecimientos.

Los primeros habitantes de Europa

Hace 10 millones de años, se encuentran homínidos en Europa (Grecia) y África. No se conoce la evolución de la rama europea. Es en la familia africana de los homínidos donde emergen, hace cuatro millones de años, los *australopitecos. Dos millones de años después, más evolucionados, aparecen los hombres. Los dos grupos, cuya cohabitación está atestiguada, poseerían un antepasado común: el australopiteco *afarensis* (el/la célebre Lucy). Entre los hombres, si el género *homo habilis* (los primeros tanto en concebir y realizar una herramienta como en acondicionar un hábitat) se encasilla en África, otro, el *homo erectus*, se desparrama hace dos millones de años por el Antiguo Mundo; constituye el primer poblamiento conocido del género *homo*.

Hace dos millones de años, el homo erectus a la conquista del territorio europeo

El *homo erectus* va a evolucionar en Europa de forma original. Yacimientos del Macizo Central francés, como Soleilhac y La Rochelambert, Le Vallonet en la Costa Azul, pero también en Italia, en Alemania, en Istria y en Bohemia, atestiguan una presencia humana anterior a -700000. Se tallan entonces piedras y huesos, pero no se conoce el fuego.

El fósil humano más antiguo del continente, encontrado cerca de Heidelberg, data aproximadamente de -650000; a partir de esa época, los yacimientos de anteneanderthalenses se vuelven más numerosos en la Europa libre de hielos, desde España hasta Azerbaiyán pasando por el Rosellón (Tautavel) y Alemania. El utillaje evoluciona: el achelense (que deriva su nombre de la localidad de Saint-Acheul, en el Somme), que se extingue antes de -200000, utiliza numerosas hachas bifaciales. Los yacimientos muestran actividades de caza que se vuelve especializada (predilección por los ele-

fantes en Torralba, España), de cosecha, de recolección de conchas. Las herramientas conservan huellas de descuartizamiento, de recorte, pero también del trabajo de la piel y del hueso. Las chozas corresponden a paradas temporales de caza (Terra Amata, cerca de Niza). El dominio del fuego, hacia -350000, ve la organización de la vida en torno a unos focos (Vertesszöllös, Bohemia) y la disposición interna de hábitats (gruta de Le Lazaret, Niza). Los vestigios posteriores a -200000 se encuentran en buena parte de Europa: la mayoría corresponde a un nuevo utillaje de piedra que conocerá su apogeo, entre -100000 y -30000, con el hombre de *Neanderthal.

Europa del norte bajo los hielos y, de Crimea al Atlántico, el hombre de Neanderthal (de -80000 a -35000)

A principios del último período glacial, los habitantes de Europa pertenecen a una rama extinguida de la evolución humana. Los yacimientos y restos fósiles exhumados desde Gibraltar a Bélgica y desde Charente a Crimea permiten un buen conocimiento de estos hombres y sus actividades. Los neanderthalenses, rechonchos y de talla media, viven en grupos de varias decenas de individuos que recorren el bosque de las regiones mediterráneas y sobre todo las tundras arbustivas y abundantes en caza que se extienden desde la Bretaña a los Urales. También los encontramos en el bosque boreal que bordea el mar del Norte y el Báltico.

Según las variaciones climáticas y las regiones, ocupan chozas al aire libre o acondicionan grutas. Campamentos de caza, canteras de talla, lugares de despedazamiento muestran el papel jugado por las actividades predatoras. Su caza preferida siguen siendo animales de tamaño medio (caballos, cérvidos, jabalíes...). La pesca persiste como actividad menor, y la recolección parece que fue practicada en todas partes. Las técnicas de talla elaboradas, aparecidas